



**Ramón López Velarde**

## **Las horas**

El tiempo no puede ser contigo cruel. Pensando en ti, se comprende la benignidad y la gracia con que concibió el tiempo quien lo personificó en un coro de doncellas, blancas y leves, que danzan con ritmo ideal. Así es como las Horas, girando en torno tuyo, deshojaron sobre tu cuna, con sus dedos rosados, las mágicas flores con que las Hadas madrinas regalan a las princesas recién nacidas. Así es como las Horas, siempre benévolas, recogieron tu pelo de oro oscuro sobre la nuca de nieve, en el amanecer de tu adolescencia. Así es como las Horas, en el apogeo de la juventud, te dieron esperanzas e inundaron de luz tus pupilas. Así es como las Horas, hoy que tus treinta años marchan melancólicamente pisando las hojas secas, te otorgan el prestigio de una declinación milagrosa. Porque tú declinas sugestivamente, como un lirio que se doblaba al sonar el Ángelus. Como la luna que se baña en el río. Como un lamento de niña que se muere...

No podemos quejarnos del tiempo, amiga otoñal. Él nos ha concedido cuanto ha podido concedernos. Muchas veces las campanadas del reloj familiar (que trabajosamente desenreda su cuerda en la sala de tu casa) han solemnizado momentos de dicha. ¿A qué evocar las glorias difuntas, si aún la sangre nos golpea las sienas y si todavía nuestros corazones no se cansan de soñar? Dejemos en la pacífica lobreguez de las cosas pretéritas el minuto en que la fantasía ardorosa murmuraba a mi oído: «¡Tú la quieres!», y en que pensabas: «¿Yo puedo amarlo?», y en que el reloj se burlaba: tic, tac; tic, tac... No saquemos de su fosa el instante en que mi confesión de amor cayó a tus plantas con mansedumbre, como una flecha que se rompe antes de herir, y en que tú sonreías y en que el reloj, burlándose, alternaba en nuestro diálogo: tic, tac; tic, tac... No exhumemos la fecha en que con palabras entusiastas y ánimo pueril edificábamos la torre de nuestra quimera, mientras el reloj, oyéndonos hablar de un futuro de miel y perfume, insistía en burlarse: tic, tac; tic, tac... No vivamos del pasado si todavía podemos juntar nuestras bocas al borde de la copa de la felicidad. Aún somos capaces

de vivir de néctar, como las mariposas que France pone por modelos a la humanidad mercantilista y enferma.

Sí, soñemos y embriaguémonos con un licor inmortal. Propicia es la noche: riega la luna su plata difusa, sobre jardines encantados y casas que duermen; las estrellas se envuelven en una nubecilla transparente, como perlas en un velo fantástico; hay senderos en que el aroma que dejan caer los cálices invertidos de los floripondios merece ser aspirado por Julieta; los naranjos nupciales, constelados de azahar, son discretos y pueden oír, sin que su fronda se ría, las más desmayadas quejas de amor, los panegíricos fervientes, los juramentos hiperbólicos; las brisas nocturnas soplan como en un poema; un ruiseñor preludia, a lo lejos, una canción... Señorita, ¿quiere usted ir de mi brazo, para decirla unas cuantas locuras en voz baja?

La noche de noviazgo ha tenido la culpa de mi digresión. Vuelvo a discurrir sobre el tiempo para hacerte, dulce amiga, una confidencia: óyeme, que la confidencia se refiere a ti. Quiero decirte que aunque las Horas, hasta hoy, han sido contigo buenas con bondad de hermanas, temo que pronto, cuando tras tu primera cana vengan otras, y otras, el tiempo se te torne enemigo y pretenda el fracaso de tu belleza. Si la grave madurez de tu otoño pierde el hechizo de su melancolía de lirio, de luna y de lamento de niña, y quedas convertida en una flor mustia, quizá dudes de mi devoción perenne. Pero no te aflijas, Alma. Si las excelencias del cuerpo se van, lloreemoslas, sí, pero con resignación veamos su fuga al foso negro que engulle la carne marchita. Nos queda lo mejor. Lo incorruptible. Lo eterno. No me abandonará la fragancia de tu espíritu diáfano, que bulle gentilmente, contenido en la arcilla deleznable. Lleguemos a viejos con la misma riqueza de emociones del día en que nacimos al amor.

Anticipémonos a contemplar cómo se desarrolla el último capítulo de nuestras vidas paralelas. No te dé miedo.

La tarde es húmeda. Por la ventana abierta, miramos cómo la ventisca de diciembre dificulta el vuelo de los pájaros montaraces, a lo largo de la llanura, y agobia los arbustos, y hace sonar las esquilas del campanario, que tiene un capuchón de nieve. Un mugido nos llega de la montaña, con la aguda expresión del dolor de las bestias. Un pastor que tiembla, mal vestido, guía unos corderos que balan de frío. Invaden el firmamento nubes de plomo, en las que el relámpago serpea. El reloj ha interrumpido su tic tac. Nuestras voces son huecas. Alguien nos llama. Las Horas, antes alegres y con velos blancos, se nos aparecen cubiertas de negro. Nos arrastran con sus manos huesosas y nos embarcamos en el río sordo y lúgubre.

Tristán

El Eco de San Luis, San Luis Potosí, 13 de octubre de 1913

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

